moros desalentados y los rompieron de todo punto, mientras procuraban coger el posteo más, otros buscar el vado, de manera que existiendo unos a otros eran forzados a rendirse a los vencedores o a la muerte. Los que de aquí sobraros, repartidos por diversos caminos, buscaban la seguridad que a pocos concedió la suerte, porque Don Alonso de Aguilar que tuvo noticia de lo que pasaba, partiendo de Bobadilla con cuarenta caballos, anduvo a casa de moros y no le hizo pequeña, como si algunos de los Condes que habían respondido a las amenazas, previniendo por estar el paso al enemigo, que como todo le era contrario, también en los vados de su patria Genil dejó no pocas vidas. El Conde y Alcaide de los Donceles siguieron el alcance hasta Zagra, fortaleza enemiga con población pequeña, una legua antes de Loja y casi cinco del lugar donde se dió la batalla, desde aquí ya cerca de la noche se volvieron en ordenación y con sigiloso despojo, lo primero al sitio donde se comenzó el hecho de armas, y llegaron a él ya bien entrada la noche, y como los moros se iban retirando del campo y de todo punto vencedores. El día siguiente enviaron diferentes guerrillas a correr la campiña y recoger un inmenso despojo de que toda estaba cubierta, armis, moros escondidos, bagajes, caballos, vestiduras. Dicese que los bagajes que en algunos días se prendieron fueron novecientos y cuatrocientos los caballos, de las personas no se ha podido fijar el número. Solo se sabe, por cierta relación de los moros infames, que de los de a caballo, entre presos y muertos, fueron más de mil, sin los que en los vados del Genil desaparecieron, y de los de a pie cerca mil, pocos más, y entre los de a caballo los nombres de mayor importancia de aquel tiempo. Muertos Fatai Abdruco, alguacil mayor de Granada; Alfar, Alcaide de Loja, señor de Salgra, cabecera mayor del Rey de Granada, y su suegro, a cuyo lado murió en edad de ochenta años terror de nuestras fronteras; el Alcaide Fator el Alcaide Mampouel Eblauent, el Alcaide Manarrer, pariente del Rey, el Alcaide Abraham Abencorra, el Alcaide Mahomed Abdruca, primo del Alguacil mayor, el Alcaide Zartar, el Alcaide Royim o Zayim, el Alcaide Gabrilla, hermano del Alcaide Fator, el Alcaide Mahomed el Gervil, el Alcaide Jozai Alcordoba. Todos estos murieron y fueron cautivos Maly Zaid, pariente del Rey, el Alcaide Mahomed Aben Roldan, mayordomo mayor del Rey, el Alcaide Mahomed Fator, el Alcaide Mahomed Abencorbo, el Alcaide He-

Historia de la Casa de Córdoba

En este lugar, para mostrarse, según costumbre de España, señores del campo y de todo punto vencedores. El día siguiente enviaron diferentes guerrillas a correr la campiña y recoger un inmenso despojo de que toda estaba cubierta, armis, moros escondidos, bagajes, caballos, vestiduras. Dicese que los bagajes que en algunos días se prendieron fueron novecientos y cuatrocientos los caballos, de las personas no se ha podido fijar el número. Solo se sabe, por cierta relación de los moros infames, que de los de a caballo, entre presos y muertos, fueron más de mil, sin los que en los vados del Genil desaparecieron, y de los de a pie cerca mil, pocos más, y entre los de a caballo los nombres de mayor importancia de aquel tiempo. Muertos Fatai Abdruco, alguacil mayor de Granada; Alfar, Alcaide de Loja, señor de Salgra, cabecera mayor del Rey de Granada, y su suegro, a cuyo lado murió en edad de ochenta años terror de nuestras fronteras; el Alcaide Fator el Alcaide Mampouel Eblauent, el Alcaide Manarrer, pariente del Rey, el Alcaide Abraham Abencorra, el Alcaide Mahomed Abdruca, primo del Alguacil mayor, el Alcaide Zartar, el Alcaide Royim o Zayim, el Alcaide Gabrilla, hermano del Alcaide Fator, el Alcaide Mahomed el Gervil, el Alcaide Jozai Alcordoba. Todos estos murieron y fueron cautivos Maly Zaid, pariente del Rey, el Alcaide Mahomed Aben Roldan, mayordomo mayor del Rey, el Alcaide Mahomed Fator, el Alcaide Mahomed Abencorbo, el Alcaide He-

Historia de la Casa de Córdoba

moros desalentados y los rompieron de todo punto, mientras procuraban coger el pontón unos, otros buscar el vado, de manera que enlazándose unos a otros eran forzados a rendirse a los vencedores o a la muerte. Los que de aquí sobraron, repartidos por diversos caminos, buscaban la seguridad que a pocos concedió la suerte, porque Don Alonso de Aguilar que tuvo noticia de lo que pasaba, partiendo de Antequera con cuarenta caballos, anduvo a caza de moros y no la hizo pequeña, como si algunos de los Concejos que habían respondido a las ahumadas, previniendo por atajos el paso al enemigo, que como todo le era contrario, también en los vados de su pátrio Genil dejó no pocas vidas. El Conde y Alcaide de los Donceles siguieron el alcance hasta Zagra, fortaleza enemiga con población pequeña, una legua antes de Loja y casi cinco del lugar donde se dió la batalla, desde aquí ya cerca de la noche se volvieron en ordenación y con riquísimo despojo, lo primero al sitio donde se comenzó el hecho de armas, y llegados a él ya bien de noche, el Conde y el Alcaide la pasaron toda en aquel lugar, para mostrarse, según costumbre de España, señores del campo y de todo punto vencedores. El día siguiente enviaron diferentes guerrillas a correr la campiña y recoger un inmenso despojo de que toda estaba cuajada, armas, moros escondidos, bagajes, caballos, vestiduras. Dícese que los bagajes que en ambos días se prendieron fueron nuevecientos y cuatrocientos los caballos, de las personas no se ha podido liquidar el número. Solo se sabe, por cierta relación de los moros mismos, que de los de a caballo, entre presos y muertos, fueron más de mil, sin los que en los vados del Genil desaparecieron, y de los de a pie cuatro mil, pocos más, y entre los de a caballo los hombres de mayor importancia de aquel reino. Muertos Tucaf Abdiluco, alguacil mayor de Granada; Aliatar, Alcaide de Loja, señor de Salgra, cabecera mayor del Rey de Granada, y su suegro, a cuyo lado murió en edad de ochenta años, terror de nuestras fronteras; el Alcaide Foso; el Alcaide Mahomed Elbalenzi; el Alcaide Manfarrax, pariente del Rey; el Alcaide Abraham Abencomixa; el Alcaide Mahomed Abdiluar, primo del Alguacil mayor; el Alcaide Zarzal; el Alcaide Royem o Zoyem; el Alcaide Gairalla, hermano del Alcaide Foso; el Alcaide Mahomed el Gerril; el Alcaide Juzaf Alcordobi. Todos estos murieron y fueron cautivos Muley Zaide, pariente del Rey; el Alcaide Mohamed Aben Roduan, mayordomo mayor del Rey; el Alcaide Mohamed Foso; el Alcaide Mahomed Abencerraje; el Alcaide Ha-

met Abensulema; el Alcaide Alboroy, sin otros que aunque iguales en nobleza, por no ser cabezas como los referidos, se callan sus nombres.

Ganáronse 22 banderas con el guión del Rey; no nueve, como escriben Pulgar y Lebrija, seguidos de Garibay y Mármol, en el «Rebelión», libro primero, capítulo 12 con otros algunos. No 15, como dice el que escribió la Relación de Lucena, que por habérselas llevado todas el Conde de Cabra, no estuvo cierto del número. No 18 como quiere el doctor Reyes de Castro, culpable en no haberlas contado teniendo tan vecinas de Montilla las villas de Cabra y Lucena. No 24, como escribe Jovio, algo menos culpable por extranjero. Veintidos fueron, y por muchos años se conservaron en la torre de las Arqueras del castillo de Baena, sacándose en solemne procesión hasta nuestros días, el día del glorioso mártir San Jorge, 23 de Abril, en son de abatidas delante de la del Conde, que llevaba el Alcaide de Baena, quien dice que en memoria de haberse ganado aquella villa tal día, quien que por la de esta victoria, y es más creíble, celebrándose acción semejante de gracia, no el día mismo de la victoria, sino el que entró el Conde victorioso en Baena, tercero después de alcanzada. Consumiólas ya la polilla del tiempo, pero queda en aquellos archivos conservada su memoria en un libro en que curiosa y puntualmente se ven pintadas con sus formas y colores, y las 21, dice allí, fueron del Rey y de diversos barrios de aquella ciudad, la una de Aliatar. En el guión real está un escudo, y en él con letras arábicas estas palabras: (en claro) y en todas las que tienen letras, que son las más, están las mismas. En nuestro vulgar significa: *Verdaderamente vence solo Dios*. Blasón propio de aquel Rey. En una de la puerta del Aceituno está una puerta blanca, y en ella unas letras, y debajo un aceituno. Las letras dicen: *La entrada del aceituno*. Vese en otra puerta blanca con su letrero arábigo: *Bab Naid*. Esto es: *La puerta del pescado*. Y en otra de la misma forma se lee: *Albira*. Denotando la puerta Elvira. Debían ser insignias comunes las puertas, distinguiéndolas los nombres, y basta esto, que se ha dado demasiado a la curiosidad en materia de banderas.

Ganáronse asimismo los Añafiles y Atabales todos de los moros, y porque deseaba cada cual reposar del trabajo pasado, y dar satisfacción y premio de la victoria a los que habían con ayuda de Dios adquirídola, haciendo las partes de los despojos; y esto era cosa que pedía más espacio de tiempo, se avinieron entre sí, el

Conde y el Alcaide en la forma que hoy nos dice una Escritura original de los archivos de Lucena, del tenor siguiente:

«Somos concertados don Diego Fernandez de Córdoba Conde de Cabra, e D Diego Fernandez de Córdoba Alcayde de los Donceles, que por quanto a Nuestro Señor Dios plugo de nos dar victoria en servicio suyo e del Rey e la Reina nuestros señores contra el Rey de Granada e sus gentes de caballo e de pié que traía, el lunes que ahora pasó que se contaron 21 deste mes de Abril de la fecha desta Escritura, vinieron e se juntaron con nosotros ciertos caballeros e otras gentes de caballo e de pié, así de nuestras casas, como de nuestros vasallos e villas, e otras partes, que todas las cosas vivas así Moros como caballos e azemilas e asnos que por cualesquier personas se tomaron e hubieron de los Moros en el dicho venimiento de vitoria se hallan de juntar e traer todos a monton para que se repartan por las dichas gentes según derecho e Leyes de Partida, e uso e costumbre de guerra. E por quanto mejor se pueda juntar e cada uno alcance su parte justa e faga juntar e traer a monton todas las cosas vivas que los Caballeros e gente de caballo e de pié de mi Casa e mis vasallos e villas, e de las villas de Luque e de Zuheros e de otras partes que llegaron e vinieron en mi compañía tomaron e hubieron e llevaron de la dicha cabalgada, así Moros e caballos e azemilas e mulas e asnos, haciendo e mandando facer sobre ello a toda diligencia bien e fielmente pesquisa e inquisición por manera que ninguna cosa de ello se pueda encobrir. E yo el dicho Alcaide de los Donceles por mi parte e de los Caballeros e gente de mi casa e de mis vasallos e villas e lugares de la Casa de mi señor tío D. Alonso de Aguilar e de sus villas e vasallos e lugares, e de las villas de Santaella, e de la Rambla e otras partes que se llegaron a mi compañía, mandare facer el tanto e por aquella forma e manera que es dicha, e así juntado e traído esto a monton lo fagamos e faremos dar e repartir a todos los Caballeros e gente de a caballo e de pié sobredichos, a cada una de las dichas partes lo que le cupiere e pertenciere haber, según las dichas Leyes e uso e costumbre de guerra, partiendo las dichas cosas e haciendolas vender como a nos bien visto fuere, por manera que a todos les quepa la parte, que de la dicha cabalgada obiere de haber. E nos los dichos Condes de Cabra e Alcaide de los

Donceles porque habemos voluntad que esto se faga e cumpla asi por descargo de nuestras conciencias e honra, cada uno de nos juramos por Nuestro Señor Dios e por Santa Maria e por las palabras de los Santos Evangelios e por la señal ✠ (de la Cruz) en que cada uno de nos puso su mano, e facemos pleito homenaje como Caballero e hombres fijosdalgo en manos de Luis de Angulo, yo el dicho Conde, e yo el dicho Alcaide de los Donceles, en manos de Alonso de Córdoba, señor de Zuheros, hombres fijosdalgos según fuero de España, una e dos e tres veces, que bien e verdaderamente, sin arte e sin engaño, guardaremos e cumpliremos e faremos traer a efeto lo contenido en esta Escritura e cada cosa de ella. E porque todo esto mejor se compla e faga asi, acordamos derogar e pedir por mandado a los señores D. Gonzalo, hermano de mi, el dicho Conde, e al Mayordomo Luis de Godoy, Caballeros de la Orden de Calatrava, que atiendan ellos en esta cabalgada, e trabajen como se faga muy cumplidamente e bien fecho. E señalamos por nuestros cuadrilleros a Cristóbal de Mesa, Veinticuatro de Cordoba e a Pedro Fernandez de la Membrilla Alcalde mayor de Baena para que el dicho Alcaide mayor por mi el dicho Conde e Cristobal de Mesa por mi el dicho Alcaide de los Donceles entiendan en ello y lo fagan fielmente. A los cuales damos todo nuestro poder cumplido para ello. Fecha a veintidós de abril de mil cuatrocientos ochenta y tres años. El Conde de Cabra. Diego Fernandez».

Otorgada esta cédula o escritura, despidiéndose cortés y amigablemente el Alcaide y el Conde, partieron con sus gentes, la vía de su villa de Cabra el Conde y el Alcaide de la suya de Lucena, donde fueron recibidos con el aplauso, benevolencia, alegres gritos, y saludos que pudo ofrecerles todo género y sexo de gente. Tal fin tuvo la batalla que ganaron estos señores del Rey Chico de Granada, inferior a ninguna de cuantas en España e algún tiempo se ganaron de infieles, menos la de las Navas de Tolosa y la de Tarifa, y con estas en alguna manera comparable, si se atiende a la desigualdad del ejército vencedor al vencido, siendo asi que como muchos autores la consideran había diez moros para cada cristiano, y moros no bahanis como los de Africa, con quien se peleó en las Navas de Tolosa y campos de Tarifa, sino españoles nacidos y criados entre las armas, hechos a vencer, y de nuevo engreidos con las recientes victorias ganadas a los nuestros en el

cercos de Loja y Ajerquía de Málaga, y en el cotejo de diez moros para cada cristiano no se alargan mucho, antes podían doblar la desproporción, considerada la parte que peleó de los nuestros pues no fué más de la caballería que no llegaban o no pasaban de cuatrocientos hombres. Los de a pie, que no tuvieron ocasión de pelear, ni pudieron seguir el alcance al paso de la caballería, de lo que sirvieron solo fué de recoger despojos, robar el campo y aprisionar moros que se quedaban escondidos por las breñas, de donde con justa razón los autores mismos advierten que esta victoria fué con especial providencia de Dios adquirida, y que tuvo en ella, como en las de las Navas y de Tarifa, el favor del cielo más parte que las armas o fuerzas de los hombres. Pulgar afirma, *que movidos los nuestros más por inspiración divina que por ninguna razón humana acordaron de seguir a los moros*. Y por otros términos dicen lo mismo Lebrija, década 2; libro 2, capítulo 3.^o; Garibay, libro 4.^o, capítulo 31; Mármol, libro 4.^o del «Rebelión» capítulo 12; Mariana, libro 25 capítulo 4.^o; De la Historia Latina y Marineo libro 20; Declaróse mucho este favor en el número de los muertos que siendo más de cinco mil de la parte vencida, de la vencedora dudo si llegaron a cinco y entre ellos ningún hombre de cuenta, si bien los heridos no fueron pocos. Ya si se pesan las utilidades y el copioso fruto que se cogió de esta victoria, nadie negará que se pueda poner en paralelo con las referidas y que la puerta que con aquellas se cerró o los moros de Africa para socorrer a los españoles con gruesos ejércitos, se abrió con esta a la conquista del reino de Granada, sin la cual podemos decir que aquellas dos ínclitas victorias les faltaba el colmo y efecto cumplido.

CAPITULO VII

Prosigue la vida del segundo Conde de Cabra, cuarto Señor de Baena, su jornada a Vitoria, y mercedes que le hicieron los Reyes.

En Cabra se apeó el Conde a las puertas de Santa María, donde entró a dar gracias a Nuestro Señor, por la felicidad del suceso, y solamente cantado el himno Te Deum laudamus pasó al castillo, que está bien cercano a la Iglesia, desde donde sin perder

tiempo despachó a Juan Pérez de Valenzuela, su maestresala, con cartas a los Reyes, que estaban en Madrid, avisándoles de todo lo sucedido. Remitióles también las veintidos banderas que se habían ganado a los moros, pero suplicándole que a él y a sus hijos hiciesen tanta honra y merced que volviesen a remitírselas, para que en el castillo de Baena quedase por trofeo de su lealtad, ejemplo, e incentivo a sus descendientes del valor con que habían de servir a sus Príncipes. Envió luego cuadrilleros con gente de a pie a descubrir moros de los que se habían escondido, y fué una caza harto provechosa, preudiéndose gran número de ellos. Otro día partió a Baena donde lo recibieron con la pompa y triunfo que merecía tan ilustre hazaña. A todo esto el Conde y el Alcaide de los Donceles, estaban ignorantes de lo más glorioso de su victoria, que era tener preso al Rey de Granada, sobre que mucho se engañaron los que escriben que desde la hora que lo prendieron, o fué conocido de los nuestros, como dice Pulgar, o según Zurita, lib. 20. cap. 48; Bleda libro 5.º, capítulo 1.º; Mariana, libro 25 de la Historia Latina, capítulo 4.º, que él se dió a conocer diciendo a los que sobre él habían cargado: «Que supiesen gozar su ventura pues tenían el Rey en sus manos». Incierto es lo uno y lo otro, y lo cierto y firme y que consta por los archivos de ambas casas, que la prisión se hizo ignorando todos que fuese más de un moro principal, que se nombró hijo del Alguacil Mayor de Granada. Con este nombre lo recibió y envió a Lucena el Alcaide de los Donceles, sin entenderse ni sospecharse del mayor dignidad en aquel día ni los dos siguientes, hasta que jueves 24 de Abril tuvo el Conde un despacho del Alcaide de los Donceles, con un Caballero de su Casa, avisándole como aquel mismo día había sido descubierto entre los cautivos que tenían en su poder el Rey de Granada.

De que el Conde se alegró sobremanera y supo de aquel caballero que habiendo callado su nombre y estado y el Rey, advirtiéndole a los demás cautivos que la callase y tratase como a hijo de Benalejar, según él había fingídose, pensando negociar su rescate como tal sin ser conocido, no pudo el secreto extenderse a muchos hombres y días, porque aquella mañana trayendo una cuadrilla, de las que también había despachado por su tierra el Alcaide, presos algunos moros que habían hallado escondidos en un monte, y viendo éstos acaso a su Rey preso y despojado de sus reales vestiduras, postrándose delante de él en tierra, comenzaron

a llorar con grandes alaridos su pérdida y cautiverio, nombrándole por su Rey muchas veces. Cosa que aunque él quiso negar, no pudo, y vino por ese medio a ser conocido, mejor dicho, regalado y servido, pero más guardado. Bien conforme a esta relación, que es la cierta, escribe Jovio, en la vida del Gran Capitán, libro primero.

Oído este aviso por el Conde, y despachado con buenas albricias el mensajero, luego, al punto escribió a los Reyes colmando el regocijo de la primera nueva con esta segunda. Escribió también al Alcaide de los Donceles, congratulándose con él de la buena dicha en que ambos tenían tanta parte, y pidiendo le enviase la persona del Rey a Baena, porque deseaba verlo, y que le tendría consigo para presentarle a los Reyes en nombre de ambos, como era justo. De mal talante oyó esta demanda el Alcaide de los Donceles y escudóse del condescender a lo que el Conde le pedía, conque sus deudos y vasallos le aconsejaban no sacase de Lucena al Rey Moro, a quien ellos habían preso, y de cuya prisión había el mismo Alcaide dado cuenta a los Reyes, diciéndoles cómo le tenían en su poder, y le tendría hasta que sus Altezas le ordenasen lo que más fuese de su servicio, conque se hallaba empeñado a no mover el Rey Moro de Lucena sin esperar su orden. El Conde, no dándose por satisfecho de estas excusas, replicó al Alcaide, no consistiendo en la suposición de que vasallos suyos y gente de Lucena habían sido los que prendieron al Rey Moro, antes decía, era notorio, y averiguado ya, con gran número de testigos, que Martín Conejo, soldado del Conde, vasallo de Baena, y otros dos soldados de a pie, también vasallos suyos, habían sido los principales en esta prisión, a quien, sobreviniendo Pedro de Torreblanca, Alcaide de Baena y Diego de Clavijo, Caballeros ambos, y criados de la Casa del Conde, aunque el Rey se encubría llamándose hijo de Benalajar, Alguacil mayor que había sido de Granada, pareciéndoles persona de cuenta y de gran rescate, lo quitaron a los de a pie, que estaban en deliberación de matarlo, por aprovecharse de los despojos, y estos dos caballeros lo entregaron al Alcaide de los Donceles, que acertó a llegar en este punto, de que nadie podía ser testigo más cierto que el mismo Alcaide, acaso acumulaba otras muchas razones por las cuales, a su parecer, le era debida la persona del Rey de Granada, como su legítimo prisionero, conforme a leyes de gratitud y caballería, concluyendo que si el Alcaide no las quisiese reconocer, a lo menos estaba obligado, conforme a la concordia firmada de am-

bos, a poner el Rey Moro de manifiesto en el montón de las cosas vivas, y que de allí lo llevase uno de los dos, a quien la suerte o el arbitrio de amigos comunes y desapasionados lo adjudicasen.

Con nada de esto se movió el Alcaide de los Donceles, firme en el propósito de que el Rey Moro no había de salir de su prisión, ni de Lucena, si no es con orden de los Reyes, y a donde ellos mandasen, arraigándose más en este dictamen después que a la inclinación de su ánimo se llegaron los consejos por cartas, y aún dicen que a boca, de don Alonso de Aguilar, su tío. Visto pues por el Conde que todas sus diligencias le salían vanas, y que de las demandas y respuestas demasiadamente se iban encendiendo los ánimos, antes que brotasen en manifiesta llama de discordia, acordó con prudencia y magnanimidad sobreseer a la pretensión, dejando al Alcaide de los Donceles en quieta posesión de lo que le había dado su buena fortuna; conque se convence la falsedad de lo que Lebrija y otros escriben, que *el Rey cautivo, fuera de suerte, se dió al Conde de Cabra, el cual lo llevó consigo a Baena, tratándolo honoríficamente conforme a su real estado*. Lo cierto, y en que los archivos de Lucena y Baena están conformes es, según lo que dejamos referido, que el Rey de Granada fué preso a Lucena, y en fe de esto se quedó el Alcaide con sus armas, aljaba y espuelas, que dió después a San Jerónimo de Córdoba, entierro suyo. De Lucena también salió para Córdoba derechamente, sin ver a Baena, por más que una incierta tradición de aquel lugar diga que estuvo preso en su castillo. De lo restante del despojo, la partición se hizo muy a contento de las partes, y a proporción de lo que cada una hizo en la victoria.

Mientras esto se disputaba en Andalucía, el primer mensajero del Conde llegó a Madrid, a tiempo preciso que los Reyes salían de ella encaminados a bien diferentes pasajes, el Rey a esta tierra de Andalucía, y la Reina a las Fronteras de Navarra. Así como iban de camino recibieron las cartas del Conde con el alborozo que se deja entender de tan alegres nuevas, en aquel tiempo no esperadas. Descogióronse las banderas, viéronse con admiración, y leyéronse los motes Arábigos, otorgando benignamente y mandando los Reyes que se viniesen a Baena, en la conformidad que el Conde lo pedía. En lo demás la respuesta fué colmada de favores, remitiendo la más cumplida y particular, con los debidos premios, a las vistas del Rey con el Conde. Partiéronse luego los Reyes, cada uno a la región que habían destinado, el Rey hacia la

Andalucía, llevando consigo al mensajero del Conde, y la Reina la vuelta de Navarra. Pocas leguas había caminado el Rey cuando el segundo mensajero del Conde, Luis de Valenzuela, un lunes 28 de abril, se le ofreció al paso, acrecentando inmensamente el gozo de la primera nueva con el aviso de la prisión del Rey de Granada. Solemnizó el Rey y los que con él iban cuanto era en razón, y despachado desde allí el primer mensajero para el Conde, al segundo mandó que a largas jornadas siguiese el camino de la Reina, por no restar de ella aquel gusto. En que se dió tan buena diligencia, que alcanzándola brevemente cerca del Espinar, en nombre del Conde le besó la mano, poniendo sus cartas en ella. El pleno que recibió la Reina con tal noticia ya se deja entender, y ella lo declara en la letra con que respondió al Conde desde aquel lugar de esta forma:

«La Reina. Conde pariente, ví vuestra letra por la cual me hicistes saber del desbarato de los Moros e prision del Rey de Granada, de lo que he habido mucho placer por saber cierto que el caso así había pasado, e de ello ha habido doblado gozo por haberse hecho cosa tan señalada en servicio de Dios e del Rey mi señor e mio, en mi tiempo, e por vuestra mano, que bien es de creer que vuestro merecimiento fué asaz causa de ello. En lo cual habéis ganado tanta honra, no solamente para vos, mas para los que de vos descendieren, cuanta nunca ganaran los pasados, y así espero en Nuestro Señor que por este tan señalado servicio, por los otros que el Rey mi señor e yo habemos de vos recibido, e espero que nos hareis, vos haremos mercedes e acrecentamiento según vuestros merecimientos e servicios lo demanden. Para lo cual siempre me hallaredes aparejada. Del Espinar a dos dias de Mayo de ochenta y tres años. Yo la Reina. Por mandado de la Reina, Alfonso Davila».

Con esta carta despidió a Luis de Valenzuela, no sin buenas albricias. En tanto, el Rey llegó a Córdoba a 9 de Mayo, de que avisado el Conde, trató con el Alcaide de los Donceles, que olvidadas las diferencias pasadas fuesen como buenos deudos, vecinos y amigos, a besar la mano juntos, al Rey, y ofrecerle el prisionero. Vino en ello el Alcaide, y desde Espejo salió al camino que va de Baena a Córdoba, y era el que traía el Conde, con lucido acompañamiento de criados, vasallos y deudos, a encontrarle. Habláronse con buena amistad y cortesía, y enviaron a hacerle

saber al Rey como iban a besarle la mano, pidiéndole licencia para hacerlo. Envióselo el Rey, alegre de su venida, y deseando honrarlos a ellos y alentar los demás vasallos a semejantes hazañas, no solamente que los saliesen a recibir todos los grandes señores, Prelados y Titulados, que se hallaban en la Corte a la sazón; pero quiso él en persona salir al campo a recibirlos, acompañado del Arzobispo de Sevilla y de algunos Obispos que estaban entonces en la Corte, de don Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago, don Garci López de Padilla, Maestre de Calatrava, los Duques de Nájera y Alburquerque, los Marqueses de Cádiz y Villena, los Condes de Buen Día y Monterey, los Adelantados de Andalucía y Murcia, don Alfonso, señor de la Casa de Aguilar, los Comendadores Mayores de Santiago y Calatrava, don Enrique Enriquez, tío y Mayordomo del Rey, hermano del Almirante, los Mariscales Gómez de Benavides y Perafan de Ribera, Rodrigo de Ulloa, señor de la Mota, y otros muchos Caballeros. Habían salido al mismo efecto los cabildos Eclesiástico y Secular, acompañados de toda la nobleza de Córdoba, que como a naturales y deudos acudió a honrar al Conde y Alcaide con tan gran concurso de pueblos cual nunca antes en Córdoba se había visto. Llegó el Rey casi hasta el pie de la cuesta de los Visos, medio cuarto de legua de la ciudad, al punto que acababan de bajarla el Conde y el Alcaide, los cuales advertidos de la venida del Rey, luego que le vieron, se apearon, puesto que les mandaba con instancia no lo hiciesen, y llegaron a besarle la mano. Recibiólos el Rey con gran demostración de contento y echándoles los brazos al cuello, y besándolos en el carrillo les mandó tomasen sus caballos, y poniendo a su mano derecha al Conde, y al Alcaide a la siniestra, volvió la rienda a Córdoba, agradeciéndoles amorosamente en aquel espacio de camino el relevante servicio que habían hecho a Dios, a la Reina y a él, con el desbarato y prisión del Rey de Granada, llegaron a la ciudad, alegre con repique de campanas y son de varios instrumentos, y dejando al Rey en su palacio del Alcázar, casi con el acompañamiento mismo que había salido a encontrarles, subieron por la Platería, Calcueros, calle de la Feria, Plaza de San Salvador, y calle del Conde, llamada así por las casas que el Conde tiene en ella, hasta ellas, donde se apeó y despidió de los señores Títulos, y demás Caballeros que le aguardaban, y ellos fueron con el Alcaide por las Tendillas de Calatrava hasta San Nicolás de la Villa, donde frontero de la

misma iglesia, tenía el Alcaide su posada, en casas propias, donde le dejaron.

El siguiente día por la mañana fueron estos caballeros acompañados de toda la ciudad a Palacio, y pedida y alcanzada audiencia del Rey, le dijeron que ambos estaban con el pie en el estribo para ir a besar la mano a su Alteza, y la de la Reina su señora, y servirles con la persona del Rey de Granada, dándoselo por su prisionero y que habían dejado de hacerlo por entender el viaje y gusto de su Alteza que en Lucena le tenían, su Alteza viese ahora lo que mandaba se hiciese más de su servicio. Respondióles el Rey con agradecimiento a su voluntad y oferta, que la aceptaba y la Reina y él tenían a señalado servicio presente tal, que le hiciesen traer, y que aunque él no le vería (pues los Reyes de España no acostumbran ver a sus prisioneros, sino es para darles libertad con la vista) quería que fuese recibido el Moro, como persona real que era, y así lo mandaría. Con esta resolución envió el Alcaide de los Donceles orden a Alonso de Rueda, Caballero de su Casa, en cuyo poder había quedado el Rey de Granada, que le trajese luego, con buena guarda y servicio de casa, a Espejo un día, y otro a Córdoba, y le avisase cuando saliese de Espejo. Cosa que puso en ejecución al punto aquel Caballero, y así vino el Moro acompañado de los Alcaldes de Lucena y Espejo, y otros Caballeros y criados de la casa del Alcaide de los Donceles, de quien fué regalado y servido conforme a su estado, gastándose en aquel breve viaje 27 U maravedis (gran suma para aquel tiempo) como parece por papeles que hoy conserva el archivo de la ciudad de Lucena. Saliéronle a encontrar el Conde y el Alcaide, cuando tuvieron aviso que venía, una legua de la ciudad, cerca del Río Guadajoz, y trajéronle en medio ambos. Habían salido por mandado del Rey a recibir al de Granada todos los grandes señores Títulos y Caballeros de la Corte, un cuarto de legua de la ciudad, y cuando llegó el Rey Moro donde le aguardaban, cada cual como estaba a caballo llegaba a hacerle reverencia, diciéndole el Conde la dignidad y calidad de los que venían, y conforme a ellas midiendo el sus cortesias a su modo y usanza. El Conde y Alcaide convidaron a los grandes señores que allí venían con el lado del Moro, pero ellos prudentes no lo aceptaron, juzgando se debía en todo caso aquella honra, a quien con tanto valor y riesgo de su vida lo había preso, y aún Muley Boabdeli, trabándolos, dió a entender gustaba que no le dejasen.

Entró de esta suerte con tanta frecuencia de gente que, siendo anchísimo el campo de la Verdad, y no corto el espacio hasta las puertas de Córdoba, a fuerza de brazos se hacian los más lugar para ver al Rey preso, que con semblante de quien era (ya lo describimos arriba) vestido de terciopelo negro, en un caballo morcillo bien enjaezado, hizo su entrada aquel día, yéndose a apearse a las casas Obispales que le estaban consignadas por aposento. Allí se despidieron de él y le dejaron los que le acompañaban, fuera del Conde y el Alcaide y sus criados, que se apearon con él hasta dejarlo en su cuarto descansando. Pasaron luego a ver al Rey y le suplicaron viese a quien mandaba se entregase el Rey de Granada que le tuviese en nombre de su Alteza, y el mandó le entregasen a don Enrique Enriquez su tío, y a Rodrigo de Ulloa. Hiciéronlo así el Conde y el Alcaide, pasando público instrumento de la entrega y recibo, y estos Caballeros lo dieron en guarda, por orden del Rey, al Comendador Martín de Alarcon, Alcaide de Porcunó, el cual por mandado asimismo del Rey le llevó a aquella fortaleza pocos días después y le tuvo en ella cuantos estuvo fuera de su libertad.

En tanto que esto se disponía y ejecutaba, se habían recogido grandes tropas de gente de a caballo y de a pie, los de a caballo llegarían a diez mil entre jinetes y hombres de armas, y los de a pie a veinte mil, con los cuales resolvió el Rey correr las tierras de Granada y hacer en ellas la tala que acostumbraban todos los años, y aquella era ocasión muy oportuna, por la división y turbación en que se hallaban los Moros, estando su Rey preso. Sabiendo pues el Conde que el Rey había de hacer su camino por Baena, quizo adelantarse a prevenirle aposento. Despidióse pues de la Corte, como también el Alcaide de los Donceles y dió vuelta a su casa, donde pocos días después a la entrada de Junio llegó el Rey, hallándola apercebida como para tal huesped, sin que con él y con los señores que le acompañaban, el Conde dejase de usar en su villa cuanto pudo pedir el regalo, y ofrecer la magnificencia. Prosiguió el Rey su viaje al otro día acompañándole el Conde con seiscientas lanzas de sus vasallos. Hizose la tala con todo rigor y como las Historias comunes la requerían hasta ponerse casi a las puertas de Granada, de donde se hubo de retirar, forzado de la necesidad del agua, enturbiando los moros las de las acequias, y poniéndola tal, que fué preciso haberla de buscar en otra parte, con que alargándose de Granada, se asentó el Real cerca de las

puentes que llaman los ojos de Huescar, donde la aguada no podía impedirsele. Veinte días se gastaron en la tala y otras empresas que se hicieron de camino, al fin de los cuales el Rey volvió a Córdoba y despedido el ejército por este año, se puso en consulta la libertad del Rey de Granada, sobre que hubo la diversidad de pareceres que también refieren las mismas Historias, sobre que no se ofrece cosa particular que advertir, salvo que el voto de libertad al Rey de Granada, que comúnmente con Pulgar y Lebrija, se suele atribuir al Marqués de Cádiz, Pedro Martir de Angleria y un M. S. de la historia del Conde de Cabra, señalan por principal autor de él, el mismo Conde, y es creíble que quien lo prendió y acompañó, le procurase también la libertad, y pudo bien ser que nuestro Conde y el Marqués de Cádiz, concurriesen en un sentir cerca de esta materia.

En fin, se dió libertad al Rey moro con las condiciones que andan impresas en diferentes libros, para lo cual, fue traído a Córdoba, donde por mandato del Rey, segunda vez fue recibido solemnemente de toda la Corte, trayendo al Conde a su lado, no ya como preso. Viólo el Rey y tratólo con grande agasajo, y de allí, otorgadas y juradas sobre su Alcorán las capitulaciones, volvió a su reino, bien pertrechado de ricas vestiduras, joyas, dineros y caballos, que el Rey mandó darle liberalmente. Muchas de estas Historias dicen, que ofrecieron los moros en rehenes al infante hijo heredero del Rey moro, con otros doce moros principales, y aún afirma una relación M. S., que antes que partiese de Córdoba dejó al infante su hijo y los demás rehenes en poder de Martín de Alarcón, en la fortaleza de Porcuna. Otras como son las de Pulgar, la de Lebrija y la de Mármol en el *Rebelión*, lib. 1.º, cap. 12, juró las condiciones, y no se acuerdan de rehenes, cuyo silencio parece niega haberlo sabido, y a esto favorece el ignorarse cuando o por qué causa le hayan sido restituídos, y saberse que antes de la entrega de la ciudad metrópoli del reino, dió en rehenes el moro a su hijo mayor, señal de que le tenía en su poder, y a esto pudiera sufragar una cédula real, cuyo tanto está en mi poder, dirigida a la gente de guerra de la ciudad de Jaén, mandándole se aperciba para cuando fuese llamada con los jinetes que han de dar personas que vienen nombradas en la dicha cédula, su fecha en Valladolid a 20 de Diciembre de 1484, firmada según parece del Rey y la Reina y por su mandato de Fernando Alvarez de Toledo,

su secretario, y de Pedro Fernández de Velasco, Condestable de Castilla que fue presente, cuyo tenor es:

«El Rey y la Reina. Alcaldes de mis Castillos y fortalezas, Capitanes y Caballeros, Ricos hombres y hombres buenos, vasallos y moradores de la ciudad de Jaén y su término, y los demás estantes y habitantes y forasteros, gente de guerra que reside en esa ciudad, que llevais mis acostamientos, sueldos y gajes, por quien, orden y manera que sea, y los que estais por mi mandado en la dicha ciudad, y los demás Caballeros y Capitanes de la ciudad de Ubeda y Baeza, que por nuestro mandado haceis entradas y correrías en el reino de Granada: Ya teneis noticia de los grandes daños y robos que los moros hacen siempre en mis fronteras, matando cruelmente niños y mujeres, llevando la guerra a fuego y a sangre, y fue Dios servido por el año pasado de 1483, Sábado Santo a 5 de Abril, entre Cabra y Lucena, el Rey moro de Granada, Muley Hacen Boabdeli, fue en batalla vencido y preso por Diego Fernández de Córdoba mi Alcaide de los Donceles, muerta y cautiva la mayor parte de su gente de los moros que traía consigo, y por tenerlo más seguro de los suyos fue llevado preso a la ciudad de Córdoba, y hallándome en la villa de Madrid, fui luego al punto que tuve noticia a la ciudad de Córdoba, donde lo hallé con muchos caballeros moros, que habían venido a 2 de Febrero de Granada, a tratar de su rescate, y me ofrecieron por su libertad, y en recompensa de los grandes daños que habían hecho en tierra de cristianos, y por 52 V. doblas Zaenes que me debía de cuatro años de parias, me daría y entregaría la ciudad de Málaga, con todos los lugares marítimos de la Axarquía, y más mandaría soltar 1.800 cristianos cautivos con niños y mujeres, que tenían en la dicha ciudad de Granada, dentro de cuarenta días, que se contaron martes 23 del mes de Abril del dicho año, por escritura de compromiso, que fue fechada en la ciudad de Córdoba, firmada de su nombre y de sus Alcaldes, y con su sello y de sus Alcaldes, y de su secretario Anayayar, y por Juan de Colona, mi secretario, y fecha la dicha escritura, fue acordado que fuese suelto sin rehenes, como en efecto lo fue, y pasado el plazo y término los cuarenta días que pidió, aunque se le requirió que cumpliera lo prometido, no lo han querido cumplir, antes ha dado entrada a los moros de allende el mar, ayudándose de ellos

y consintiéndoles a los suyos que se juntasen con ellos y hiciesen entradas en mis tierras, robando y matando cruelmente mi gente. Por lo cual mandamos a los Caballeros y Ricos hombres y hombres buenos que saliesen a la defensa, como salieron con la ayuda de Dios, y les ganamos a Coin y Setenil, y otros lugares de la Axerquia de Málaga, y por ahora está acordado que por el año venidero de 1485, con más gentes de guerra que hasta aquí se ha llevado y con las 81 V. lanzas de los hombres de armas de las guardas de Castilla y del reino de Aragón, y por tener aviso que los moros de allende la mar se están aperciendo para venir en su ayuda. Por lo cual he mandado a D. Hugo de Moncada, mi general del mar, que corra con mi armada desde Barcelona a Gibraltar, porque impida a los moros el pasar al reino de Granada, y así ni más ni menos mandamos, etc.»

Con esta cédula salimos de duda en materia de los rehenes, pues dice que fué suelto sin ellos el Rey Moro. Pero sin duda la tengo por supociticia, cuando no echamos la culpa al secretrio que se descuidó en la narración, cosa poco creible. Pues la arguyen de tal los errores que tiene contra la verdad del caso, diciendo que la prisión del Rey de Granada sucedió Sábado Santo a cinco de abril, habiendo sucedido a 21, según se vé por los privilegios reales que entre Cabra y Lucena, habiendo sido entre Lucena y Loja, que fué preso por Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, sin hacer mención del Conde de Cabra, siendo así que aún en las mercedes que se le hicieron al Alcaide por este servicio, se dice expresamente que lo prendieron él y el Conde, como se verá en su lugar, que fué a la ciudad de Córdoba, y le halló en ella preso, es falso, como también se verá por un privilegio real, donde dice el Rey que vino a Córdoba, y allí se lo trajeron, que le ofrecieron por los 52 V. doblas que le debían de cuatro años de parias, la ciudad de Málaga y su Ajerquia y la libertad de 1.800 cristianos cautivos dentro de cuarenta días, mal pudo ser, pues ni estaba por él sino por su padre, Málaga, ni menos la ciudad de Granada, donde estaban los cautivos. Ni las parias podía deberlas el Rey Muley sino su padre. Ni el rebelarse este Muley Boabdeli, y el ganar a Setenil y Ronda, sucedió por este mes sino en tiempo diverso, además que el estilo no es conforme al que los Reyes usaban entonces en sus cartas cédulas y privilegios, en que siempre acostumbraban a hablar de nos, man-

damos, hicimos, pusimos, dimos, etc. Como deliberadas por ambos y si alguna cosa particular había sido hecha por el uno de ellos sólo, se refería, por mi el Rey, o por mi la Reina, y en estas no se guarda cosa de esas, siendo así que están libradas y firmadas de ambos, que todo casi va en singular, de que se infiere cuan poca fe merezca lo demás contenido en ella. Con todo me inclino más a la autoridad negativa, viendo cuanto ha contradicho en muchas circunstancias de este caso la afirmativa de algunos autores de aquella edad, y los que han seguido, no sólo a la verdad comprobada por nuestra parte con tantos testigos mayores de toda excepción, cartas reales, manuscritos, provanzas y escrituras entre partes y relaciones de archivos, pero aún a la verisimilitud, afirmando Pulgar, Lebrija y Garibay una sola venida del Rey Moro a Córdoba, y es después de la entrada del Rey Católico en la Vega y que entonces se lo entregaron el Conde y el Alcaide, como si la razón no dictara en caso de duda que viniendo nuestro Rey a Córdoba, recién preso el enemigo, y habiendo de irle a hacer guerra en su dominio, no quisiera tener antes pájaro tan grande guardado en su jaula y en la tierra adentro, que en la ajena y lugares de la frontera como Lucena y Baena, necesariamente no muy guardado, pues sus dueños sacaban de ellos tanta gente con que ir a servir en la jornada y por el consiguiente espuestos al peligro de una repentina invasión del enemigo. Pero quien más se engaña entre todos es Pedro Martir, no en la substancia de las cosas, sino en el desorden con que las cuenta, respondiendo los primeros a los últimos, como en su carta puede verse.

Sumamente deseaba el Conde besar la mano de la Reina, después de la prisión del Rey de Granada, y poniendo en ejecución este deseo, partió a los últimos de Noviembre de este año de 83 para Vitoria, ciudad en la Provincia de Alava, donde estaba la Reina acompañada de muchos deudos suyos Caballeros y Escuderos de su Casa y Estado, con la ostentación de Criados, galas, libreas y respeto, que su grandeza y la ocasión pedían, llegó a aquella ciudad quince días después del Rey Católico, de cuya venida, sabidores los Reyes, mandaron se le hiciese solemne recibimiento por todos los Prelados, grandes señores, Títulos y Caballeros que al presente se hallaban en la Corte, que fué una manera de triunfo. Mandaron asimismo que entrase con instrumentos no solo de paz sino de guerra delante, acompañado de sus reyes de armas mismos. Un buen trecho pues de la ciudad fué recibido, y

entró por este orden, iban delante muchas copias de menestriales de los Reyes, con sus trompetas y atabales, ricamente aderezados, luego toda la caballería, y al fin de ella los Titulares, Grandes y Prelados, detrás de ellos seguían cuatro trompetas tocando sus instrumentos, dos Perpersevantes, y dos Farantes con sus insignias y luego cuatro Reyes de Armas vestidas sus cotas en blanco con las armas reales. Seguía luego el Conde al lado del Cardenal de España, Arzobispo de Toledo don Pedro González de Mendoza, tío de la Condesa. Con este orden se fueron a apearse a Palacio, donde el Rey les dió a recibir fuera de la puerta de los Condes, y habiéndole el Conde besado la mano, el Rey, con muestras de placer, le llevó consigo al cuarto de la Reina, la cual viendo entrar al Conde por la puerta, levantóse de un estrado alto en que estaba sentada al cabo de una cuadra, y salió a él hasta más de la mitad de ella. Donde hincando el Conde la rodilla la besó la mano, siendo acariciado de la Reina con palabras de sumo favor y gusto. Volviéronse los Reyes al estrado, y sentados en él, dijeron al Cardenal se sentase, y cerca de él mandaron sentar al Conde. Salieron a poco rato, veinte damas de la Reina, rica y vistosamente aderezadas, que al son que les hacían los ministriles danzaron y festejaron hasta más de medianoche al Conde, a quien, viendo ser ya tarde, mandaron los Reyes se fuera a reposar, pues lo había menester después de camino tan largo. Con esto, levantándose de sus asientos, se despidieron de los Reyes el Cardenal y el Conde, a quien llevó a cenar consigo el Cardenal, haciendo con él demostraciones más de padre aficionado y estimador de sus muchas partes y méritos, que de tío de la Condesa, y suyo. Acabada la cena, pasó acompañado de muchos Caballeros y criados de la Casa Real, a la que le habían señalado para posada los Reyes.

El día siguiente entró en la Corte el Alcaide de los Donceles, que avisado por el Conde de su jornada, gustó de hacer lo mismo, si bien por algunos respetos no juntamente. Hízosele recibimiento por mandado de los Reyes solemne, saliéndole a encontrar todos los Caballeros de la corte con sus instrumentos de guerra hasta el lugar donde habían recibido al Conde. El cual, por no faltar a las obligaciones de deudo y vasallo, quizo también honrar la entrada, trayendo a su lado al Alcaide en compañía de algunos Grandes. Los demás le recibieron a la entrada de Palacio, donde se apeó, besó la mano a los Reyes, y fué agasajado de ellos. Cuatro días

después, y cinco de haber llegado el Conde, vino a su posada el Marqués de Villena, Mayordomo mayor de los Reyes, y en su nombre le dijo, que le rogaban y mandaban fuese el día siguiente, domingo en la noche, a hacer su huésped de cena, y el Conde respondió besaba sus reales manos por tanta merced y que obedecía. El mismo recado dió el Marqués al Alcaide de los Donceles, de quien llevó la misma respuesta. Juntos, pues, el Conde y el Alcaide, el domingo en la tarde fueron a Palacio, cuyas piezas mostraban ser de Casa verdaderamente real, tanta era la magnificencia, riqueza y curiosidad de sus adornos, en doseles de brocado, de chapería, y bordados en variedad y hermosura de finas y costosas tapicerías en muchos aparadores de salas diferentes, bien poblados de plata de ostentación y servicio, dorada y blanca, en parte de la cual contendía de valor el metal y el artificio. Estaban los Reyes sentados en su estrado, y cerca de ellos estaba el Cardenal de España.

Mandaron sentar al Conde y al Alcaide, y a poco rato salió la señora infanta D.^a Isabel, hija mayor de los Reyes, con 35 damas muy bien aderezadas, vestidas de brocado algunas, otras de bordado y chapado. Tocaron los menestres altos, y los mayordomos y maestresalas hicieron despejar buena parte del salón, donde a una banda y a otra emulaban la luz del día la de un innumerable número de hachas encendidas. Dióse principio al sarao, que en Castilla otro tiempo llamaban hacer sala. Danzaron las damas con los Caballeros y gentiles hombres cortesanos por espacio de dos horas, al fin de las cuales la señora infanta salió a danzar con D.^a Francisca de Silva, dama suya, y el Rey Católico danzó luego con don Fadrique de Toledo, hijo del Duque de Alba, y consecutivamente la Reina danzó con D.^a Isabel Osorio, hija del Marqués de Astorga, Conde de Trastámara, luego que dejó de danzar la Reina salieron a bailar algunas damas y la última bailó la señora infanta.

Tras esto pusieron las mesas y sentáronse a ellas los Reyes y la señora Infanta al lado izquierdo de su madre. Al lado de la Infanta mandaron los Reyes sentar al Conde, y al lado del Conde al Alcaide de los Donceles. Entró al punto la cena al son de más de cuarenta trompetas bastardas, y diez o doce pares de atabales con tres copias de menestres, Venía delante el Marqués de Villena, como Mayordomo Mayor, siguiéndole tres Maestresalas con tres platos de manjar, dos para los Reyes (del de su madre servían a la infan-

ta) y otro para el Conde y Alcaide, y cada vez que entraban platos nuevos tocaban las trompetas y atabales y cuando los Reyes bebían los menestriles. Duró la cena más de dos horas, y acabada levantóse el Conde y agradeciendo la merced besó la mano al Rey y a la Reina, la cual le dijo: Conde esta será para con otras muchas. Respondió él: en servicio de Vuestras Altezas. Entráronse con esto los Reyes en una recámara, donde mandaron entrar al Conde y Alcaide, y después de haber hablado con ellos en varias cosas grande rato, porque era muy tarde, casi tres horas después de medianoche, les mandaron se fuesen a reposar. El siguiente día enviaron a decir los Reyes al Conde, con Fernando Alvarez de Toledo, su secretario y de su consejo, trajese la cabeza del Rey de Granada, que había vencido y preso, dentro del escudo de sus armas, en lo bajo de él, y por orla de ellas pusiese las 22 banderas que en la batalla se habían ganado de los moros, y recibiese 300 V. maravedis (otros dicen que fueron 400 V.) de juro de heredad en Córdoba, por ser lugar de su naturaleza, y vecindad a su estado, y los pedidos y monedas de las villas y tierras que él tenía, y de los 500 vasallos de Alcalá, y cien mil maravedis de por vida para don Iñigo, su hijo segundo, y que esto le rogaban y mandaban los Reyes, tomase en alguna enmienda, y principio de otras mercedes que le entendían hacer por el servicio tan señalado que a Nuestro Señor y a los Reyes había hecho. El Conde satisfizo a estos favores con su acostumbrada gentileza.

Al Alcaide de los Donceles se hizo la misma merced de la cabeza del Rey moro y las banderas para sus armas, y de alguna cantidad de juros y maravedis y otras que se diran a su tiempo, de las cuales mercedes se dieron los títulos ambos despachados en aquella ciudad a 20 de noviembre de este año de 83 y tras algunos días de estada en la Corte les mandaron volver a sus tierras, y atender a la guarda de la frontera, como lo ejecutaron, viniéndose el Conde a Baena, y a Lucena el Alcaide, honrados, cuanto alcanza la esfera de un vasallo, de su reyes, como con palabras de suma ponderación lo escribe Pedro Martir, Epistola 50, donde podrá verse, y tanto de lo que él allí dice, como de lo que otros autores tienen, se convence la vulgar hablilla de que al Conde de Cabra, le mandaron los Reyes poner en su escudo de armas el Rey preso del medio cuerpo arriba, y al Alcaide de medio cuerpo abajo, o por el contrario, según quieren otros, siendo cierto que a ambos se les dió un blasón mismo. Y aunque es así que algunos señores

de la una y otra Casa de Baena y Lucena han puesto a veces en sus reposteros de armas, sellos, y en otras partes entero el cuerpo del Rey, y 44 banderas por orla, han lo hecho porque habiéndose unido por casamiento dos veces, han juntado las banderas de ambos escudos, y por el consiguiente doblado el número y como era de formididad poner dos reyes presos, pues no había sido más de uno, pusieron uno pero entero, cual se compone de dos medios, cosa que debió de dar causa a la hablilla, creyendo los que lo veían así pintado en algunas de las casas de estos señores que en la otra había estado antes el medio de la cintura abajo añadido. Pocos días después de la vuelta de Vitoria supo el Conde, que el Alcaide de los Donceles, habiendo acrecentado sus armas con el honroso blasón del Rey preso y banderas, había puesto en el timbre de su escudo un mote latino sacado del Apóstol San Pablo, 1.^a *Ad corintios*, 12, en que hablando el Apóstol de la diversidad de gracias y virtudes que el Espíritu Divino comunica, dando a unos unas, y otros otras, concluye. *Haec autem omnia operatur unum atque idem spiritus, divitens singulis prout vult*. De las cuales palabras había formado el Alcaide su referido mote, diciendo: *Haec omnia operatur unus*. Conque muchos juzgaban había querido significar que el vencimiento y prisión del Rey había sido acción y obra suya, arrogándose así solo con juveniles bríos la gloria de aquella hazaña, que se mostraba en las armas. Otros creían y debió de ser lo más cierto, que en ellas había querido como católico cristiano atribuir aquel hecho a solo Dios, único vencedor de las batallas y dador de las victorias.

Nuestro Conde, pues, queriendo o por lo divino o por lo humano mostrarse nada inferior, añadió al punto al timbre de su escudo otro mote del Evangelio de San Juan: *Sine ipso factum est nihil*. Con que respondió a los dos sentidos que pueden recibir las palabras del Alcaide, y con los motes se diferenciaban luego las armas de estas dos casas parecidísimas en todo; si ya la de Baena no añade los castillos de los Carrillos como los ha usado a veces, y usan hoy algunos Caballeros de ella.

CAPITULO VIII

Continúase la vida de D. Diego Fernández de Córdoba, segundo Conde de Cabra y cuarto señor de Baena.

Los servicios que hizo en la conquista del reino de Granada hasta su muerte.

El año 1484 se hicieron varias entradas y correrías al reino de Granada, en que nuestro Conde siempre tuvo parte, o asistiendo por su persona, o enviando sus gentes y vasallos, en que no tenemos cosa particular que decir, remitiéndonos a las historias del reino. Sólo se tratará de una que en ellas no se encuentra y quien la refiere es un libro MS de la vida y hazañas de nuestro Conde, escrito en vida de los Reyes Católicos, con la sinceridad en palabras y estilo de aquellos tiempos. El caso fué que habiendo la Reina venido a Córdoba (dejando al Rey en Tarazona, haciendo corte a los Aragoneses) para dar calor a la guerra contra los moros y hallándose con muchos señores y gente que se había convocado, tenía resuelto que se hiciese entrada en tierra de moros, acaudillándola el Cardenal de España. Más esto cesó con la venida del Rey, el cual (según el sobre dicho libro refiere) entró en tierra de moros con un buen ejército a hacer la tala y abastecer a Alhama por la parte de Alcalá la Real, tenencia del Conde, a quien mandó que con la gente de su Casa y Estado llevase la vanguardia del ejército, asegurados los caminos al resto de él. Púsose así en ejecución, y con 400 caballos entró delante, y aseguró los caminos de suerte que el Rey, sin embarazo alguno, habiendo hecho la tala, y metido provisiones en Alhama, dió por la Vega de Granada la vuelta, y mandó al Conde por honrarle, que como había traído la vanguardia a la entrada, se encargase de la retaguardia a la salida de tierra de moros.

Obedeció el Conde, y ocupado el puesto de su cargo, fué acometido diversas veces de gruesas tropas de caballería morisca que venía picándole, a quien él resistió valerosamente, hasta que llegado el campo a la puente del rio que llaman Velillos (alias Cubillos), cargaron los moros con mayor ímpetu y número, viendo el poco que les hacía rostro de los nuestros. Cosa que advertida por el Conde mandó pasar su gente aprisa, y dejando con ella a D. Diego de Córdoba, su hijo primogenito, en guarda del paso, él

se adelantó y fué a suplicar al Rey le diese licencia para pelear con los moros que se atrevían demasiadamente al ejército, y había buena disposición para cartigarlos. Respondió el Rey: «Conde, muchas veces habeis dicho en Consejo que yo no tengo de ganar el reino de Granada por escaramuzas, sino por guerra guerreada. ¿Cómo ahora me pedís licencia semejante?» «Señor, replicó el Conde, mi voto ha sido y es éste. Pero la licencia que pido no es para escaramuzar, sino para darles batalla, si me esperan, porque los veo cargar con tal desorden, que espero en Dios poderles hacer daño, o que vuelvan las espaldas y lo reciban siguiéndolos yo. Pues como es notorio a Vuestra Alteza los mejores y más acertados acuerdos son los que ofrecen las ocasiones de tiempos y lugares». «Hablais como prudente y esforzado, dijo el Rey, en vuestra elección deo que hagais lo que os pareciere». Con esto el Conde, a más andar, volvió a su gente y hallando que se le habían acercado los moros, mandó a su hijo D. Diego, que con cien de a caballo les acometiese, y si le volviesen las espaldas los siguiesen, que él con la demás gente los seguiría y socorrería. D. Diego, puesto que mancebo en la edad, muy hombre en los bríos y ánimo, y devotísimo de caminar por las huellas de su padre y abuelos, puso también en ejecución la orden del Conde, que los moros, temerosos del denuedo con que los acometía, le volvieron luego las espaldas, pero cargólos él, guardado de su padre, de manera que les hizo perder a muchos la vida, sin dejar el alcance hasta la puente de Pinos, donde los moros de todo punto fueron deshechos, cayendo muchos muertos o heridos al río, vadeándole algunos y huyendo por la parte que juzgaban para sí más segura, y dejando los caballos otros, y subiéndose a la vecina Sierra Elvira, cuya fragosa subida los aseguraba de nuestra caballería, y con esto, no habiendo ya contra quien pelear, recogió el Conde a su hijo, satisfecho de la honrada estrena de su milicia, y con buen número de caballos y armas del enemigo, volvió al puesto de su retaguardia. Sabida por el Rey la acción, envió las gracias al Conde, cumplidísima de palabra, y con insinuación de buen premio, llegaron a Alcalá la Real, donde el Rey fué hospedado y festejado suntuosa y agradablemente del Conde, y de allí partió a Córdoba donde la Reina lo esperaba.

Esto es lo contenido en aquella historia acerca de esta jornada, que las demás pasan en silencio, y a ella se siguió la conquista de Alora de que trata Zurita, lib. 20 cap. 52, donde, si no asistió nuestro Conde, no dejó al mismo tiempo de estar ocupado en el ser-

vicio de los Reyes, guerreando a los moros por su parte de orden de la Reina, según refieren Pulgar y Lebrija, y después se halló a la empresa de Setenil con que feneció la guerra de este año.

El siguiente de 1485 tuvo su entrada con la que hizo el Conde por el mes de Enero a tierra de moros, acompañado de otros caballeros y capitanes escogidos penetrando hasta Nijar y Güejar, lugares puertos a la falda de Sierra Nevada, una legua o dos más adelante de Granada, con el buen suceso que refiere Pulgar, el cual escribió esta empresa menudamente y quedando el Conde *muy honrado de haber hecho hazañas de gran Caballero, y que no le salió peor la jornada*, muy peligrosa entre todas las de aquel tiempo, que son palabras de Zurita, lib. 20, cap. 62, y de Bleda, lib. 5, cap. 12. Este mismo año de 85, por el mes de Mayo, el Rey salió de Córdoba con gran ejército, acompañado de muchos grandes señores y entre ellos de nuestro Conde, con la gente de su Casa y Estado, y fué al Ponton de don Gonzalo, y de allí al Río de las Yegues (nómbrale también Pulgar así en este lugar como en la entrada del año 1484), de donde pasó a tierra de Málaga, y por que no le pareció sazón oportuna de ponerle cerca, revolió sobre Ronda, dicha otro tiempo Arunda (según quieren algunos), cabeza de una gran serranía, a quien da nombre, llena de pueblos, gentes y ganados, célebre por su extraña y natural fortaleza de sitio. Está asentada esta ciudad sobre una gran peña, exenta de todas partes, y en la más llana de ella el Alcázar, fortalecido con grandes torres y anchos muros, que aseguran esta banda, como las otras, el sitio, por las dos ceñidas de la hoz de un río que por lo hondo de un valle corre, descubre un lienzo de alto abajo de peña tajada impenetrable a humanas fuerzas resístitas de cualquiera de fuera. (Esta descripción es de Pulgar casi a la letra). La última la tiene en grandes peñas, y lugares inaccesibles por ásperos, de la otra parte del Alcázar tiene dos arrabales alto y bajo, unidos y torreados por la parte del río, cerca de él nace una fuente copiosa y de buena agua, de que la ciudad se servía bajando a cogerla por una antigua mina de más de 400 escalones, a costa cuando la poseían los moros, de la fatiga de los pobres cautivos cristianos, que en zaques la subían sobre sus hombros y espaldas, cosa que dió motivo a la maldición vulgar de aquellos tiempos. El río sirve a sus molinos y huertas que llevan regaladas frutas, la mar le cae a ocho leguas, su tierra es fragosa, abunda de ganados con pastos y aguas excelentes, la gente de su serranía era, y

es ahora robusta, usaban mucho las armas, habituándolos sus padres desde que nacían a ellas, y en particular al uso de las ballestas, más sin embargo de tanta fortaleza y defensivos, el Rey la cercó y ocupó en pocos días, dándose a partido los de dentro, salvo las vidas, la libertad y las haciendas, y que pudiesen vivir allí en su ley, por sus vasallos, los que quisiesen, o en la serranía, o irse a Granada, o a Málaga, o a Africa, o a lugares de cristianos, como de hecho se fueron muchos a Sevilla, donde se les dió habitación. Debajo de estas condiciones se entregó la ciudad a 22 de mayo, día primero de Pentecostés, y con las mismas vinieron a la obediencia del Rey otras muchas villas y lugares de la serranía. Rindióse también Cazarabonela que mucho confiaba de sí por la resistencia que había hecho el año antecedente. Aquí dice Zurita lib. 20. cap. 62, que quedó por Alcaide don Sancho de Rojas, hermano del Conde de Cabra, y es de admirar que el autor no se acuerda de esto. Pasó el Rey a Marbella, tomola, y por cerca de Málaga volvió a los Prados de Antequera, el ejército salvo, de allí pasó al río de las Yeguas, y luego a la Rambla, donde el Rey hubo, el día de San Juan de este año, y aquí mandó al Conde se fuese a descansar a Baena, el cual en toda esta jornada había servido muy bien, pidiendo y tomando para si uno de los lugares y pasos peligrosos y de cuidado.

Pareció a los Reyes que restaba mucho del verano, en que la guerra podía proseguirse, y mandaron hacer nuevo llamamiento de gentes. Púsose en consulta por qué parte se haría la entrada, y fluctuando la resolución, el Conde de Cabra que traía continuos espías sobre los moros, escribió de Baena que el valle de Moclin, a cinco leguas de Granada, estaba mal poseido de gente y así por esto como por la importancia de ella, era la empresa más a propósito que podía hacer en aquella ocasión. Abrazaban los Reyes este parecer y partió el Rey con toda la gente que se había juntado a Alcalá la Real, contra frontera de Moclin, de quien dista tres leguas. Allí ordenó que el Conde fuese delante con la gente de sus estados, y Martín Alonso de Montemayor con la suya, y algunos capitanes del Rey que todos eran (según al autor que escribió la vida del Conde) número de mil caballos y cinco mil infantes, (aunque Marina, lib. 25. cap. 1, lo menora hasta setecientos de a caballo y tres mil de a pie), dándoles orden que puestos cerca de Moclin no dejasen entrar ni salir moros de la villa. Con esta orden y gente marchó el Conde hacia Moclin. En la delantera iban

reconociendo el campo el Alcaide de Alcalá, y el Alcaide mayor de Baena, Pedro Fernández de la Membrilla, con cien lanzas y alguna gente de a pie, y era concierto que tras este golpe de gente que llevaba el Conde para el efecto dicho, habían de marchar haciéndoles espaldas el Maestre de Calatrava y otros Capitanes y Señores, con cuatro mil caballos y seis mil peones, a quien luego seguiría el Rey con lo restante del ejercito. Adelantáronse las cien lanzas que enviaba el Conde a descubrir la tierra y aunque, cuanto dió lugar la obscuridad de la noche, (que en ella se obraba todo esto por no ser sentidos de los moros en que consistía la esperanza del buen suceso) una legua antes de llegar a Moclin, reconocieron señas de haberle venido gran socorro de a pie y de a caballo. No lo avisaron al Conde, de que procedió el daño, y fué la ocasión del triste fin que tuvo esta empresa. Porque en el interin que se apercebía lo necesario para ella, el Rey de Granada, teniendo noticia de que todo aquel aparato amenazaba la villa de Moclin, con veinte mil peones y dos mil caballos, vino en persona a su defensa y había llegado aquella misma noche, pocas horas antes que los nuestros. Las cien lanzas, que solo iban a reconocer, no contentándose con esto, aunque con sospecha de que la plaza estaba socorrida, pasaron delante, hasta un arrabal puesto por bajo de la villa en que había el Rey Moro alojándose con la gente que traían de socorro. Llegar nuestras cien lanzas y acometer al enemigo con más ánimo que prudencia, todo fué uno. Los moros, que aún no estaban bien fortificados y las tinieblas de la noche no les dejaban discernir el número de los cristianos, juzgándolo mayor por la osadia del acometimiento, en sintiendo el arma inopinada, luego se pusieron en huída, desamparando el arrabal y entrándose en la villa, y a vueltas de los demás el Rey, con tanto terror que, desnudo, salió de su tienda, dejándose armas y vestidos. Los nuestros engañados de la fortuna con este principio de buen suceso, siguieron el alcance pocos y poco tiempo, porque más se dieron a robar, y entrando al pabellon del Rey cogieron sus vestidos y armas, quedando muy ufanos con estos despojos, y luego enviaron mensajeros al Conde avisándole de lo sucedido y rogándole marchase con toda diligencia para que pudiesen así sustentar el puesto ganado.

Entre tanto los moros, coligiendo de lo poco que fueron seguidos, y por otras señales, el corto número de los nuestros, cobrándose del susto, puestos en orden y animados del Rey, los acomete-

tieron, los arrancaron del sitio que poco antes les habían dejado a tan poca costa, y los fueron cargando poderosamente. Venía ya el Conde, que con el aviso de los mensajeros aceleró la marcha, y su venida detuvo algo el raudal de los moros, de los cuales, a los primeros encuentros, cayeron algunos principales, y por algun rato se entretuvo en igualdad la pelea, haciendo el Conde oficio de Capitán y particular soldado. Todo no bastó para que creciendo el número y ferocidad de los moros no fuesen allí muertos muchos de los del Conde, y él mismo herido malamente de un arcabuzazo en el brazo derecho cerca de la mano, lo cual disimuló con gran valor, tratando de pelear animosamente. Para colmo de la desgracia sucedió que, como fuesen muchos los heridos, el Conde los hacía llevar a la retaguardia para que allí fuesen curados, de donde los que venían en ella y de quien el Conde esperaba socorro prontísimo, infiriendo del gran número de heridos cuan mal lo pasaban los nuestros, vergonzosamente desampararon el campo poniéndose en manifiesta huida antes de llegar al sitio donde se peleaba. Rompía ya en esto la luz de la mañana, con que los moros pudieron mejor conocer el pequeño número de los que les hacían resistencia y el miedo de los que huían, con que creciéndoles el orgullo, apretaron tanto a los nuestros que, de todo punto rompieron el escuadrón del Conde y él se hubo de retirar con 40 que pudo recoger de a caballo, dejando hecho no poco estrago en los enemigos. Fuéronle siguiendo los moros importunamente y porque le dejasen, a veces revolviase sobre ellos, enfrenando el ímpetu de estos y quitando a muchos la vida, aunque tambien esto le salió costoso, porque asaltado, le mataron a don Gonzalo de Córdoba, su hermano, Comendador de ~~Alcaide~~ en la Orden de Calatrava Caballero de gran valor y prendas. Señalóse por buen Caballero este día, Diego de Noguerras, Criado de la Casa del Conde, pues en dos de estas vueltas derribó y mató por su mano dos caballeros moros, sobrino el uno de un Alcaide moro, de los más principales del reino de Granada, cuyo suceso hizo más tardo en seguir el alcance a los enemigos, y dió lugar al Conde a que con su retirada granjease crédito casi igual al que pudiera reiterándolos a ellos, pues confesaban despues no haber visto semejante denuedo en vencedores, cuanto más en vencidos. Asi caminaron tres cuartos de legua, hasta encontrar la gente que traía el Maestre de Calatrava, el Conde de Buendía y Obispo de Jaén, a cuya vista los moros dejaron de seguir el alcance. Recibieron aquellos Caballe-

ros al Conde con la demostración que debían a semejante caso, viéndole herida su persona, sus armas rotas y abolladas de seis grandes golpes, su caballo con cuatro lanzadas y flechazos, que se atribuía a milagro el haberle traído tal por tanto trecho. Conso-lándolo de su pérdida y con ellos, pasó de allí a curarse a Alcalá la Real, su tenencia, donde a la sazón llegó el Rey, que lastimado de este suceso, hay quien diga que lo atribuyó en público a impru-dencia del Conde, cosa no creible de las atenciones del Rey, y de la que en este caso tuvo con el Conde enviándole a visitar y darle el pésame de la desgracia sucedida y muerte de su hermano. Con este mal suceso del Conde se dejó por ahora lo de Moclin, y el Rey con el ejército que estaba junto, caminó a poner cerco sobre dos fortalezas que estaban en frontera de Jaén, Cambil y Habaral. Tomáronse como se cuenta en las Historias, a la cual jornada también asistió el Conde, aunque tan mal herido. Importunándole el Rey que se quedase a curar, respondió: *Que cuando vivo no pudiera hallarse en su servicio, se mandaría llevar por los suyos muerto a sus Reales.* A la provisión de Alhama que entraron y hubo este mismo año el Maestre de Santiago y el Marqués de Cádiz, no hallándose el Conde con disposición para ir en persona, envió con 200 de a caballo a don Iñigo de Córdoba, su hijo segundo.

El año siguiente 1486 hubo grandes progresos en la conquista del reino de Granada. Ganáronse Loja, Illora y Moclin, talóse la vega hasta la Huerta del Rey, y en todas estas funciones tuvo el Conde gran parte, así por la gente que llevó consigo, que puso 500 de a caballo y mil de a pie, como por lo que se señaló a cada empresa de las dichas, como los cronistas de los Reyes Católicos lo refieren. En Illora quedó por Alcaide Gonzalo Fernández de Córdoba, hermano de D. Alonso de Aguilar, a quien el Rey dió aquella tenencia, y hoy gozan del título los Duques de Sesa, suce-sores suyos. Volviendo los Reyes a Córdoba, fueron recibidos y festejados en Alcalá la Real, magníficamente, por la Condesa de Cabra, que a este fin había venido de Baena.

Año de 1487. Salió el Rey de la Ciudad de Córdoba y asentó sitio sobre Vélez Málaga con numerosa hueste. Llámase esta ciudad Velez Málaga por la vecindad de Málaga, a distinción de otros lu-gares del mismo nombre. Muchos quieren haya sido la Menoba antigua de Estrabon, Mela y Plinio, o Menaba de Ptolomeo, aunque otros con más razón vecina al sitio de Menoba. Es una

razonable ciudad, distante media legua del mar, edificada en la ladera de una sierra, con una fortaleza en lo más alto y dos grandes arrabales continuados con el muro de la ciudad, con muchas huertas de naranjos, limas, limones, y cidras, que de allí se lleva a muchas partes, con grandes y encumbradas montañas en torno, en una de las cuales está la villa de Bentomiz, fortísima por su sitio, y poblada entonces, ambas de gente belicosa, cual lo son hoy también sus moradores. Vino con los demás señores nuestro Conde a este sitio y lo que obró en él como digno de particular loa, merece que se trate con alguna más particularidad y distinción de lo que en las Historias comunes se lee, y será tomado de la singular historia MS/. que de sus hechos compuso el Autor de aquel tiempo, ya otras veces citado. Anduvo el Rey por su persona reconociendo el sitio más a propósito para alojar su campo, acompañado solamente del Marqués de Cádiz, el Conde de Cabra, el Adelantado de Murcia, Garcilaso de la Vega, y Diego de Atayde, con alguna gente de a pie, y habiéndolo reconocido, y ordenado que esta gente ocupase un cerro que estaba sobre la ciudad, se retiró debajo de un árbol, apeándose a comer, guardado de los Caballeros referidos.

Pero dejáronlo reposar poco los moros, que viendo tan en daño suyo ocupar el cerro eminente a la ciudad, salieron de ella en gran número y acometieron tan furiosamente a los nuestros que los hicieron, a fuerza de balazos y flechazos, desamparar el puesto. El Rey, que los miraba, no pudiendo sufrir tan mal tratamiento en los suyos, cabalgó a prisa, y con no más armas que unas corazas y su espada en la mano, picó la vuelta de los moros. Subieron luego a caballo aquellos Caballeros y corriendo tras el Rey, por detenerle, temerosos de algún siniestro suceso, y alcanzándole a buen trecho, le dijo el Conde: «Como, señor, los Reyes han de moverse tan aceleradamente a los peligros? Vuestra Majestad no mira por su real persona, dependiendo de ella la salud común de España? Con tan corta deliberación ha de ponerla en aventura, y en condición, a todos estos reinos? Para socorros tales, capitanes y soldados hay en vuestro ejército, cuyo oficio es pelear, el de los Príncipes mandarlo. Quien ha de herir los enemigos su voz es, no su lanza y espada, que afrenta manifiesta es de los súbditos, y que arguye flaqueza de ánimo en ellos encargarse de la ejecución de sus órdenes los Reyes, tocándoles a ellos no más que el darlas, como a nosotros el cumplirlas». «Pues qué haré?, Conde (respon-

dió el Rey) dejaré a mis ojos perecer los míos sin ser socorridos, y triunfar a los moros? «No por cierto, señor, (replicó el Conde, sino mandarnos que los socorramos nosotros, cumpliendo con lo que debemos, pues cuando no podamos con ellos, será el daño escaso, y de que vuestra Majestad podrá tomar enmienda, la que no podrían los reinos de España si alguna adversidad le viniese a vuestra real persona». Con todo caminaba el Rey, puesto que el Conde llegó a hacerle fuerza asiéndole del brazo por detenerlo. Pero viendo ser en balde, él y los cuatro que le acompañaban, poniéndosele delante, para servirle de escudo en quien descargarse primero la furia de los moros, como buenos vasallos, entraron animosamente entre los enemigos, derribando muchos de ellos, lo cual visto por los cristianos que huían, cobrando con la presencia y peligro del Rey, nuevos y mejores ánimos, volvieron el rostro a los moros, de suerte que les hicieron volver las espaldas, y de vencedores, vencidos, hasta encerrarlos en la ciudad, recobrando el puesto perdido de aquel cerro, y por la buena compañía que el Conde hizo al Rey en esta ocasión, le solía llamar su compañero en armas.

Había llegado el Zagal, con 20 V. hombres de a pie y mil de a caballo, toda gente escogida que había sacado de las ciudades de Baza, Guadix y Almería, deseoso de dar socorro a los de Béles y hacia diligencias por introducirlos. El Rey, para cerrarle los pasos mandó al Conde que con alguna gente de a caballo y cuatro V. peones ocupase el paso de una cuesta por donde había forzosamente de bajar el enemigo, si pretendiese con efecto dar el socorro, o pelear con los nuestros. Bien sé que la Crónica de los Reyes Católicos dice que el Conde de Cabra, el de Feria, con el Adelantado de Andalucía y don Hurtado de Mendoza, hijo del Marqués de Santillana, encomendó el Rey esta empresa, y así sería, pero el autor de la vida de nuestro Conde, a solo el la atribuye, y aquí le seguiremos, con tal condición que a los demás no se defraude la parte de gloria que tuvieron en ella. Partió el Conde con la gente dicha y en el lugar destinado, un cuarto de legua del campo, y media del que ocupaban los moros, paró y apeóse resuelto en acometer así al enemigo, que era creíble viniese a pie, por ser de poco servicio en parte tan agria los caballos, y mandó a don Diego, su primogénito que fortificase bien la vanguardia, y en un pequeño cerro que había entre ella y el ejército de los moros pusiese un cuerpo de guardia, porque pudieran, enseñoreán-

dose los enemigos de él, maltratar nuestra vanguardia. Hízolo así don Diego y dejando en aquel cerro a Pedro de la Dueña, Adalid del Conde, su padre, hombre de corazón y manos, con 20 caballos y cien arcabuceros, volvió a donde su padre quedaba media hora antes de anochecer. A la misma el ejército de los moros, al son de sus atabales y añafiles, con la acostumbrada algazara, comenzó a moverse, bajando la vuelta de la gente del Conde. El cual, animando los suyos al vecino trance los esperó animosamente. Llegó la vanguardia del Rey de Granada en breve rato cerca del collado que ocupaba el Adalid Pedro de la Dueña, de quien fué recibido con tal rociada de arcabuzazos y embestida de los de a caballo con tal furia, que, turbados los moros, y recelando el encuentro de los más (que con los muchos fuegos en que parecía arder la tierra toda, y desde el lugar alto que ocupan descubrían bien) cuando les acosaba de tal suerte el de tan pocos volvieron las espaldas, y pareciéndoles que ya todo el ejército cristiano les venía picando en ellas (con no haber el Conde desocupado su puesto conforme al orden real) huyeron cobardemente dejando por ir más ligeros las lanzas, adargas y alfanjes, y otros muchos generos de armas que los arcabuceros de Pedro de la Dueña, siguiéndolos por algún espacio de tierra, recogieron, y trajeron a su cuerpo de guardia. El Rey de Granada, viendo venir desbaratados los suyos, retiróse a más andar desesperado de su intento con pérdida de alguna gente que había muerto en aquel encuentro primero y de mucho número de armas, y sin detenerse en aquel lugar pasó al de Almuñecar y de allí a Almería, y últimamente a Granada, donde indignados los moros de su pérdida le desampararon como la fortuna, conformándose todos los de aquella ciudad en dar la obediencia al rey mozo. La mañana siguiente al desbarato, teniendo noticia de lo pasado, el Rey, dió las gracias al Conde honrando mucho su perseverancia y el esfuerzo de los suyos. Así recuenta este suceso la sobredicha historia con quien se acuerda bien lo que más brevemente dice Pedro Martir, lib. 1 epístola 62. Los de Vélez, viéndose deshauciados de este socorro, en que tenían labradas sus esperanzas, pocos días despues se rindieron, ajustando las capitulaciones por medio del Alcaide Reduan Venegas.

Ganóse despues la ciudad de Málaga, en cuyo cerco, que fué largo por la pertinacia de los de dentro, al Conde le cupo una estancia de cuya trinchera a los muros de la ciudad no había más

de cien pasos, la cual todo el tiempo que duró el sitio fué infestadísima de los moros, acometiéndola con diversos surtidos, pero sin efecto, porque a la vigilancia y valor del Conde y los suyos siempre quedaron inferiores. Entrada la ciudad que fué a 18 de Agosto, el Conde volvió a descansar a Baena, y una tarde, diez días después de su llegada, yendo acompañando al Santísimo Sacramento se sintió con alguna calentura, y el siguiente día, aunque con ella, se vistió y bajó a una capilla del castillo de Baena, morada suya, de la advocacion de San Bartolomé, en la cual hay tradición que se dijo la primera misa en Baena, cuando la rindieron los moros al Santo Rey D. Fernando III. En aquella capilla confesó y comulgó con suma devoción, y vuelto a la cama se le fué agravando la enfermedad, y mostrándose irremediable, aunque los Reyes sabidores de su indisposición, enviándole desde Córdoba médicos solicitaron su salud cuanto les fué posible. Erale llegada su hora, y conociéndolo él así, confesado y comulgado otras dos veces, había ordenado su testamento cuando quiso ir a la jornada de Vélez, muy conforme con la Divina Voluntad, presentes su mujer e hijos, a quién dió su bendición, dicen que a don Diego, el primogénito, le dijo estas formales palabras merecedoras de larga memoria:

«Cuán breve sea la gloria de este mundo, hijo muy amado, la disposición en que lo estoy lo muestra. Esta experiencia te sea ejemplo para no poner tu esperanza en las cosas que han placer en este siglo, cuyo tránsito es breve, y la culpa queda perpétua, cuanto más se muestran gratas más desplacen, o por la variedad que consigo traen, o por la pena que por ellas se espera. Vano es el mundo, y más vano quién no lo tiene por tal. En Dios pon tu esperanza, sírvele como cristiano, y guarda su fe como católico. Esta toma por fundamento de tus obras. Trabaja que estas sean tales que merezcan en la vida de este siglo gozar de la bienaventuranza del otro. Sé leal vasallo a tus Reyes naturales, sirviéndolos como buén subdito. Por ningún respeto mudes tu opinión de este fin, que si haces al contrario serás culpado cuanto a Dios, infamado cuanto al mundo. Si prosperidades se mostraren combinándose a este yerro, en el fin aquellas se sucederán adversas. Si conviene sufre persecuciones por servir a esas magestades. Mejor está padecerlas que merecerlas. A los parientes y criados de la casa en que sucedes llégalos así como señor que desea la honra y

bien de ellos, a los que bien te hicieren gratifica con honra y mercedes, y a los que mal, odies. Sé a todos de grata conversación, tal que los que te conocieren te amen, y los que no por gozar tu comunicación deseen conocerte. En todas tus obras acuérdate que eres mortal, y que esperas verte en el paso que me ves. Toma las virtudes por espejo de tu vida, y pasarla has como noble en este mundo y ganarás la eterna como católico».

Espiró pocas horas después de esta plática, sábado a 5 octubre en este año 1487, a los 49 de su edad. A los 4 de abril de este mismo año había otorgado su testamento por ante Ruy Díaz y Alonso de Baena, Escribanos públicos y los más notable que de él se puede referir es esta cláusula como en él se contiene a letra:

«Otro si aconsejo y mando a don Don Diego, mi heredero, mirando las deudas que quedan de cumplir, en que es obligado como buen nieto e hijo del Conde mi señor e mio, no cure de cargar de costa más de la que hay, ni de decires que no aprovechan, ni se deben los caballeros cuerdos e hombres de estado gobernar por ellos sino por la razón, mucho llegándose a ella, señoreando la voluntad, que acierta quién por ellas se guía pocas o ningunas veces, e es enemiga de la virtud, porque más presto queda cumplir el encargo que le queda mirando su ánima, pues este mundo tan presto pasa. Otrosi mando e ruego a don Diego mi heredero tenga en lugar de padre e de hermano al señor Martín Alonso, mi hermano, e a su hijo Alonso Fernández, e tenga amor a Egas, Señor de Luque, e a su hijo mi sobrino, e a mi primo Alonso de Córdoba, señor de Zuheros ame, e trate bien. Mando e aconsejo e ruego a don Diego mi heredero e a los otros mis hijos, que siempre trabajen por estar en toda paz con don Alonso, Señor de la Casa de Aguilar e con sus hijos. e Gonzalo Fernández su hermano; e el señor mi sobrino el Alcaide de los Donceles, pues todos son de un linaje e naturales de Córdoba, e Dios Nuestro Señor e el Rey e la Reina nuestros señores, de ello serán servidos, e aquella ciudad e tierra donde viven tanto aprovechada, e sus honras e haciendas e estados con la paz conservados e criados, tomando por ejemplo a Espejo en que se miran de los bandos e diferencias pasadas e cuanto mal se resarcó, ofendiendo a las ánimas, que es lo principal, e gastando las haciendas y no mirándose el bien general de la tierra,

a que todos son obligados a mirar. Otro sí al tiempo del vencimiento e prisión, por virtud de Nuestro Señor, del Rey de Granada Muley Boabdeli, de cuya mano a él sean dadas las gracias, yo hube la victoria, el Rey e la Reina nuestros señores mandaron pusiese la cabeza del Rey Moro, e veinte y dos banderas que se tomaron, en mis armas, y por orla como las traigo, mando a mis hijos e descendientes no traigan en el escudo otras armas juntamente salvo las mias, con el mote en lo alto de ellas, como yo las traigo, que anden así de sucesor en sucesor, porque dure la memoria para hacer bién dando de ello loores a Nuestro Señor e a su Bendita Madre. Otro sí mando e ruego a mi heredero que siempre sirva él a los otros mis hijos, guardando su lealtad, al Rey e a la Reina nuestros señores e al principe nuestro señor su hijo».

Manda restituir a Gómez de Figueroa, Alcaide de Santaella, algunos caballos y armas que le tomó cuando entró por fuerza de armas en Santaella, pagándole por alguno de los caballos a cinco y por otros a tres mil maravedis, y por las armas lo que el dicho Alcaide y dos testigos juraren que valian. Manda que por cuanto, cuando tomó a Santaella, prendió dentro a Gonzalo Hernández, hermano de don Alonso de Aguilar, por las enemistades que había entre ellos, y se le tomaron algunas cosas que había en su casa, cuyo inventario se hizo ante Martín de Rojas, Escribano de Cámara, porque el dicho Gonzalo Hernández, tuvo la vara de Alguacil Mayor, que era de la Casa de Baena, y llevó sus rentas y derechos contra la voluntad del dicho Conde, por tener entonces a Córdoba don Alonso su hermano, en nombre del Príncipe don Alonso, a quién los que le seguían con algunos favores de grandes de Andalucía, alzarón por Rey, siguiendo el Conde y su padre al Rey don Enrique, y Gonzalo de Córdoba y otros que trajeron la vara por Gonzalo Hernández, acudieron con las rentas de ella a su Mayordomo, Diego de Santofimia, por tiempo de cinco años, y medio, y aunque después se lo volvió al Conde el Rey don Enrique, pero sucediendo la prisión de Gonzalo Hernández, que estuvo fuera de su libertad en Baena, más de tres años y medio, don Alonso su hermano volvió a tomar el dicho oficio por Gonzalo Hernández. Manda y es su voluntad que sus Albaceas se sienten aquestes con el dicho Gonzalo Hernández y vean con personas de ciencia y conciencia si con el valor de lo que se tomó en Santaella se compensan las rentas del Alguacilazgo, que a lo justo

valen ciento y veinte mil maravedís en cada un año, o más, apreciándose en su justo valor lo que se tomó en Santaella, y si él alcanzare al dicho Gonzalo Hernández, se lo perdona y suelve en Dios y en conciencia. Pero si pareciere que él es deudor al sobredicho, quiere que de sus bienes que le fueron tomados, se le restituya lo que estuviere en ser, y por lo que no, se le dé su justo valor.

Mándase enterrar en el Monasterio de Santa Marta de Córdoba, monjas del orden de san Jerónimo, donde están los Condes sus padres, algo más bajo de ellos, que le hagan novenario sin solemnidad ni vanagloria, y no se ponga por él jerga ni luto como se suele por otros. Que se labre la iglesia de Santa Marta, y le den para una casulla la Aljuva que le dió el Rey de Granada, que se pongan las banderas que se tomaron en el vencimiento y prisión (loores a Dios) del Rey de Granada en lo alto de la sepultura del Conde su padre. Que al Monasterio de Doña Mencía, se de la Biblia de Pergamino y algunos otros libros de Santos, y las Crónicas y demás libros se repartan entre sus hijos.

Fué casado el Conde con Doña María de Mendoza, hija de don Diego Hurtado de Mendoza, primer Duque del Infantado etc., gran Caballero, o (como dijeron los Reyes Católicos en el título de la Merced de Duque y lo refiere Haro lib. 4.^o, cap. 13) *el principal Grande Caballero de nuestros reinos, que conservan nuestro estado e sostienen nuestra corona*, y de su primera mujer, Marquesa de Santillana, Doña Brianda de Luna y Mendoza. En quien hubo los hijos que se nombran en esta cláusula del testamento del Conde: *Mando que el remaniente que fincare de mis bienes asi raices como muebles, derechos, e acciones, quito aparte el mayorazgo etc. E lo que yo deyo junto con el dicho mayorazgo para mi heredero D. Diego que lo hayan e cuiden mis hijos D. Iñigo, e D. Francisco el Arce-diano, e Da. María, e Da. Brianda, e D. Fernando, Comendador de la Obrería de Calatrava, e D. Antonio, a los cuales etc.* Lo mismo declara la Condesa en su testamento otorgado en Baena en dos de Diciembre año de 1506, por ante Pedro Montalbán, escribano real y Notario público en estos reinos.

I

Don Diego el Mayor heredó la casa, y en vida de su padre había gozado del título de señor de Baena, y Guarda mayor del Rey, según lo refiere Salazar de Mendoza, lib. 4.^o, de las Dignidades cap. 1.^o poniendo entre los confirmadores de privilegios de los

Reyes Católicos: *Don Diego Fernández señor de Baena, Guarda mayor del Rey, confirma, juntamente con su padre Diego Hernández, Conde de Cabra.*

II

Don Iñigo de Córdoba y Mendoza, fué valeroso y prudente Caballero. Acompañó en algunas jornadas contra moros al Conde su padre, y sirvió a los Reyes Católicos de Embajador extraordinario cerca de la persona de Alejandro VI, a suplicarle reformase su casa y corte, provincia bien ardua, pero ejecutada con valor ya que no con suceso. Casó con doña Ana de Aguayo, hija de , de los señores de Villaverde, casa nobilísima según dicen Memoriales antiguos. La Condesa de Cabra, en su testamento, sólo la llama doña Ana. En quien tuvo hijas a doña María de Mendoza, y a doña Beatriz Venegas, y a don Iñigo, póstumo, según parece por el testamento de la Condesa su madre: *Item mando que si Doña Ana, mujer que fue de Don Iñigo mi hijo que Santa Gloria haya pariere hijo etc.* Mas abajo: *E Doña Maria de Mendoza, e Doña Beatriz Venegas hijos legitimos de mi hijo Don Iñigo de Córdoba, que Santa Gloria halla, e el hijo o hija que pariere la dicha Doña Ana que al presente esta preñada.* Casó este don Iñigo con doña María de Santillana, hija heredera de Gómez de Santillana, señor de Güetor de Santillana, lugar vecino a Granada. Tuvo en ella a don Iñigo, que murió sin sucesión, don Gómez del Orden de San Jerónimo, Obispo de Nicaragua, don Gómez, que sucedió en la Casa, don Benito, Caballero del Hábito de Santiago, don Gabriel, don Jerónimo de Córdoba, que murió sin sucesión, y este último en Flandes, don Pedro, Prior de Gudix, doña Francisca de Córdoba, que casó en Murcia, con don Juan de Avalos, señor de Ceuti, doña Ana de Córdoba, que casó en Guadix, con Micer Egídio Bocanegra, doña Margarita, doña Mayor y doña María, Monjas en Madre de Dios, de Baena, doña Costanza que murió sin casar, don Gonzalo Fernandez de Córdoba, sucesor de la Casa y señorío de Güetor de Santillana, casó con doña Inés Mesia de las Roelas, hija de Alonso de las Roelas, Veinticuatro de Sevilla, y apellido de mucha nobleza en ella. Tuvo por hijo a don Iñigo de Córdoba, que le sucedió, y casó con doña Antonia Masia de Córdoba, hermana de don Diego de Córdoba, primer Marqués de Guadalcazar. Murió este Caballero sin dejar sucesión, acabándose en este don Iñigo la línea del primero.

III

Don Francisco de Mendoza, hijo tercero, fué Arcediano de Sevilla y juntamente de los Pedroches, dignidad de la Santa Iglesia de Córdoba, después Obispo de Oviedo, electo de Zamora, y Comisario general de la Cruzada, como parece por una Bula de Clemente VII, en favor del Convento de la Merced de Granada, en la que concede muchas indulgencias, despachada por el dicho Obispo Comisario, en Medina del Campo, 5 de Agosto de 1527, aunque impresa, firmada de su mano, y sellada con su sello en cera y papel. Murió Obispo de Palencia, y Presidente del Consejo de la Emperatriz. Tuvo en su mocedad por hija a doña Isabel de Mendoza, que casó con don Pedro Ponce de León, hijo de don Rodrigo Mesía Carrillo, señor de la Guardia y de Santofimia, y de doña María Ponce de León, su mujer, hija de don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, y tuvieron por hijos en Jaén, donde hicieron su asiento doña Isabel y don Pedro, a don Rodrigo Ponce de León, a don Pedro Mesía de Córdoba, Caballero del Hábito de Santiago, Alguacil mayor de la Audiencia, de la ciudad de los Reyes, en el Perú, a doña María de Mendoza, que casó en Medina del Campo, con Luis de Quintanilla, y otras cuatro monjas en Baena, don Rodrigo Ponce de León, sucedió en la Casa de sus padres y Mayorazgo de Torre del Obispo, dichas así por habérselas dejado su abuelo. Casó con doña Brianda de Guzmán, hija de don Alvaro Bazan y de doña Ana de Guzmán, su mujer, como se repetirá luego, y tuvieron por hijos a don Pedro Ponce, del Hábito de Calatrava, don Francisco, don Felipe, don Rodrigo, doña Isabel, doña Francisca. Segunda vez casó don Rodrigo con doña Mariana de Ribero, hija de don Pedro de Ribero y de doña Elena de Tasis, y tuvieron hijos a don Pedro Mesía de Ribero, del Hábito de Calatrava, que casó en Jaén, con doña Isabel Mesía, a doña Elena, que casó en Jaén con don Pedro Armíndez, Caballero mayorazgo principal, y a doña Inés Ponce, que casó en Córdoba, con don Francisco del Corral, del Hábito de Santiago, señor de la Reina, veinticuatro de aquella ciudad, y tienen por hijo a don Rodrigo del Corral, asimismo del Hábito de Santiago, que está casado con hija de don Gabriel de Córdoba y hermana de don Iñigo, señor de Torre Quebradilla. Don Pedro Ponce, sucesor de su padre don Rodrigo, casó con

tuvieron por
(CONTINUARÁ)